

LA ORALIDAD AFRICANA EN PUERTO RICO

Escolios a un valioso libro sobre el tema

Roberto Fernández Valledor

Mi bisabuelo me decía cuando yo era niño, que los viejos babalawos le contaban, cuando él también era niño: “Lo mío es mío y nadie me lo quita. Seguiremos venerando a nuestros dioses. Pero a nuestra manera. El blanco es inteligente, pero el esclavo acaba siempre por engañarlo”.

Agún Efundé

Resumen

La literatura oral africana aún pervive en nuestro pueblo. Ella nos muestra la idiosincrasia de los negros esclavos que contribuyeron a nuestro mestizaje racial y cultural. Estudiar esta literatura, pues, nos ayudará a conocernos mejor. Sin embargo, algunos intelectuales ignoran esta oralidad porque no se origina en los círculos académicos, sino en el pueblo. Resulta muy importante rescatarla antes de que desaparezca, pero es fundamental utilizar la metodología adecuada para ello.

Abstract

The oral African literature is still present in our culture. It shows the idiosyncrasy of the slaves that contributed to our racial and cultural crossbreeding. By studying this type of literature, it will help us to know ourselves better. Although, some intellectuals ignore this branch of literature, since it was originated in the country and not in the academic circles. It is really important to rescue this literature before it vanishes, but it is fundamental to use the suitable methodology in doing so.

Introducción

El *patakí* o historia que contiene determinado *oddun* en algunas etnias del África Occidental, según los investigadores cubanos Jesús Fuentes y Grisel Gómez, relata que:

Orula invitó a comer a los hijos de Obatalá y fue al mercado donde compró lenguas. Luego las mandó a asar y todos los invitados disfrutaron del exquisito plato. En eso llega Babá y le pide lo mejor que haya cocinado para él. Orula le da una lengua y le dice que ésa es la mejor comida.

-¿Por qué tú dices que ésa es la mejor comida?
-pregunta Babá.

-Porque con la lengua se dice todo lo bueno y se da todo el **aché** -responde Orúnmila.

Al poco tiempo, Obatalá le pidió otra comida que fuera la mejor para todos sus hijos y la más mala (sic) para él. Cuando llegan los invitados, Orula les vuelve a servir lenguas, y a Babá el mismo manjar.

-¿No me habías dicho que la lengua es la mejor comida del mundo?, ¿por qué me la brindas ahora como la más mala (sic)? -pregunta el Dueño de las cabezas.

-Es la mejor porque con una lengua se puede salvar a una persona; pero con una lengua se puede también desgraciar a un hombre, a un pueblo, a una nación.

Babá quedó satisfecho con la respuesta de Orula, y en recompensa le entregó el régimen de este **oddun**:

Por lo tanto, dice Ifá que usted no debe mentir, que tenga cuidado no lo vayan a enredar en un chisme, que usted es hijo de Obatalá...

Este *oddun* de Ifá, deidad mayor benefactora de la humanidad, lo ha tenido en consideración Julia Cristina Ortiz en su obra *Saben más que las arañas. Ensayos sobre la narrativa oral afropuertorriqueña* que recientemente ha publicado Casa Paoli (2004). Este libro sienta unas sólidas bases metodológicas en la narrativa oral de tradición africana en la Isla y, a su

vez, contribuye a desentrañar mejor las raíces de la puertorriqueñidad. Su autora se ha dado consistentemente a la tarea de rescatar del olvido la oralidad africana que aún pervive en nuestra gente. Sus aportaciones en este campo son muestras valiosas del sentimiento popular y de la importancia de la negritud en nuestro pueblo.

La tradición oral

Su trabajo ha sido cuesta arriba, no sólo porque el tema de la literatura oral resulta muy complejo -como lo advierte Julia Cristina en sus comentarios- sino porque se le considera una especie de anti-literatura, al no estar consignada por escrito, debido a la ausencia de la *litera* en ella. También porque no es academicista ya que pertenece al pueblo y muchos “intelectuales” no acaban de entender su importancia cultural. Las narraciones tradicionales africanas no aparecen en el exclusivo canon académico, porque suelen catalogarse de irrelevantes, como una especie de textos *apócrifos*. En gran medida esto se debe, según expresa la autora, a que: “La oralidad subvierte los papeles, pues los sectores populares, los subordinados, son los verdaderos creadores de la oralidad.” Más adelante recalca: “La oralidad es la liberación de los marginados puesto que entrar al canon o al mundo letrado implica entrar en las convenciones blancas y en las reglas que el poder constituye”.

Estos trabajos, por consiguiente, acentúan otra perspectiva de las tradiciones orales africanas: el enfrentamiento de la cultura popular a la cultura oficial. Y como se puede apreciar, la autora se ha fijado en una parcela todavía más marginada: la herencia africana. Al hacer letra la tradición oral, Julia Cristina está destacando su trascendencia, para que la Academia comprenda el vacío que tenemos en este campo, a fin de que “sus cánones sagrados” le abran sus puertas y le otorguen el puesto que le corresponde en nuestras letras.

La escritura

Nuestra cultura resalta con preeminencia la escritura, lo cual sintetiza muy bien el refrán pueblerino: “Más vale confiar en un lápiz chiquito que

en una mente grande”. Esto ya lo destacó Platón en su diálogo *Fedro*. Cuenta que el dios egipcio Teuth inventó los números, el cálculo, la geometría, la astronomía, el juego de ajedrez y de dados y, finalmente, la escritura. El dios fue donde el rey Tamos para explicarle las artes que había inventado. El monarca le preguntaba sobre la utilidad de cada una de ellas y las iba censurando o aprobando, según le parecieran. Cuando llegó a la escritura dijo el dios:

¡Oh, rey! Este invento hará que los egipcios sean más sabios, y aliviará su memoria; yo he descubierto un remedio contra la dificultad de aprender a retener en la mente. Ingenioso Teuth – contestó el rey- el genio que inventa las artes es algo muy diferente a la sabiduría que aprecia las ventajas e inconvenientes de su aplicación. Como padre de la escritura y apasionado de tu invención le atribuyes un efecto completamente contrario al verdadero. Producirá el olvido en las almas que la conozcan, pues les hará despreciar la memoria; al fiarse de ese recurso extraño, dejarán al cuidado de los caracteres materiales la recordación de aquello cuyas huellas haya pedido su inteligencia.

Acertadamente Julia Cristina resume este pensamiento socrático con la siguiente afirmación: “Cifrar todo el saber en el libro, de alguna manera nos ha empobrecido”.

En realidad, la magia de la palabra pierde su viveza cuando se almacena en un texto hierático que muchas veces la academia adora como a un fetiche colocado en un estante que sirve de altar. Jamás puede compararse el momento de la declamación de un poema con la página donde aparece escrito, ni la ejecución de una sinfonía con la partitura de la misma. Tan importante es la palabra que el profeta advierte que cuando sale de su boca no retornará: “[...] sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié” (Isaías 55: 11). Y el evangelista San Juan nos recuerda que “[...] la Palabra se hizo carne [...]” (Juan 1: 14).

La autora se vale de una cita del estudioso Janleiz Jahn para explicar la trascendencia de las palabras en la cultura de África: “Según la filosofía africana, el hombre posee, gracias a su palabra, el

dominio sobre las *cosas*, las puede alterar, las puede hacer obrar y las puede mandar.” Ese mismo significado le han dado los exégetas bíblicos al relato yahvista en el cual Adán nombra todo lo creado: “Y Yahvéh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera” (Génesis 2:19).

La oralidad africana

El presente libro resalta la importancia de la oralidad en una sociedad tecnificada que nos abruma con sus excesos de verborrea diaria a través de los medios de comunicación. La autora quiere que el lector internalice la palabra a fin de que ella cobre vida en él. Anhela “[...] escuchar la voz de los esclavos, tras los relatos que han venido pasándose oralmente de generación en generación a través de los siglos en Puerto Rico.”

No perdamos de vista que existen unos momentos claves en la trayectoria de la oralidad africana. Primero fue el tiempo de los *orígenes*, en él se forjó el mito que sustenta las enseñanzas religiosas, éticas y sociales del pueblo. Ese momento se interioriza mediante el arraigo cultural y forma parte del vivir y pensar, tanto colectivo como individual. En él, la palabra se hace carne en el sentido que las personas se apropian del mensaje y la pedagogía en que se les comunica. Otro momento es el de la *actualización*, cuando el narrador o iniciado revela *su* relato al neófito, de aquí que puedan encontrarse distintas versiones sobre un mismo hecho. Se recurre, entonces, al baile, la música, el estribillo, la inflexión de la voz, los gestos y todo ese paralenguaje del que nos habla la autora. Este ciclo se va repitiendo de generación en generación y de esta manera las enseñanzas se arraigan en los oyentes. Con ello se hace realidad la afirmación de Ifá: “Un hombre se puede extinguir, pero no la fe que profesa cuando es transmitida de padre a hijo y de sacerdote a iniciado [...]”.

Ahora Julia Cristina le ha añadido un tercer momento, el de la *escritura*. Sin embargo, al hacerlo tuvo múltiples escollos debido, entre otros casos, a: ¿cómo transcribir *todo* lo que significa la narración para el relator?, ¿qué importancia tienen, entre otros aspectos, los gestos que hace, la inflexión de su voz en determinados momentos, sus palabras esotéricas, los estribillos empleados o las veces que los repiten? No es un falso pudor de la autora cuando da una serie de rodeos al momento de transcribir e interpretar el relato. Es que está consciente de que se le puede escapar no sólo el significado de determinadas palabras, sino del lenguaje corporal, pues todo esto tiene una función críptica, ya que estamos ante unos relatos y ceremonias para *iniciados*. Precisamente Lydia Cabrera explica cómo algunos relatores la trataron de engañar o confundir para que no pudiera comprender el sentido pleno de las narraciones que oía o de las ceremonias que presenciaba. Todo esto confirma que la tradición oral posee mayor fuerza aún que la palabra escrita.

Los estudiosos han destacado que en aquel tiempo, los esclavos resistían la imposición cultural blanca a través de canciones, bailes y narraciones, entre otras manifestaciones, con las cuales conservaban vivas las tradiciones ancestrales africanas: su sabiduría, sus mitos, los dioses de su panteón y sus héroes. Amos y mayores, por consiguiente, desconocían el auténtico significado de estas costumbres. La presencia africana en la vida puertorriqueña resulta ostensible, por ejemplo, en la religión, la música, la comida, el idioma o la raza. No obstante, la autora de este libro demuestra que también existe en una parcela menos estudiada: la idiosincrasia del puertorriqueño. Es tan sutil que pasa inadvertida. Esto corrobora que nuestro mestizaje, aunque no siempre sea palpable en el color de la piel, constituye el color de nuestro espíritu. Considero esto otro de los valores del presente texto.

Metodología

Como dije anteriormente, este libro cumple dos propósitos fundamentales: sentar unas bases metodológicas que motiven a ulteriores investigadores para que realicen trabajos de campo sobre la oralidad africana; asimismo, demostrar la importancia que

poseen dichos relatos al interpretarlos a la luz de nuestra realidad histórica, social y cultural. El lector común, a su vez, se encontrará con el fascinante y desgarrador mundo de la esclavitud. Fascinante por toda la sabiduría que nos ha legado, a la luz de los estudios de Julia Cristina, y desgarrador por el sufrimiento de unos seres humanos que con su dolor y trabajo sostuvieron la economía colonial y de paso nos legaron su riqueza cultural.

Cuando analizamos el corpus narrativo de la tradición oral africana en Puerto Rico, se aprecia que no sólo es sumamente reducido, sino que el mismo adolece de estudios rigurosos como la presente publicación. Algunos compiladores sólo consignaron los relatos, otros no abundaron en ellos por estar enfrascados en investigaciones más amplias. Yo me sonreía al leer los ensayos de este libro en los cuales la autora repetía: *no tenemos esto, carecemos de aquello...* y más aún cuando dice:

[...] al momento no conozco en la Isla trabajos parecidos y que me siento un tanto atrevida al penetrar el “bosque sagrado” de los cuentos del magnífico Compai Araña sin la compañía de ningún erudito o erudita que me diga: “anda, vas bien”.

Su modestia le impide reconocer que es ella la erudita, pues su perseverante investigación y la calidad de sus trabajos en esta disciplina la han convertido en la fuente principal sobre el presente tema. No tenemos ningún investigador que haya estudiado con tanta consistencia y profundidad la narrativa oral africana en Puerto Rico como ella. Los presentes ensayos son un análisis más profundo y sosegado luego de su primer trabajo, *De arañas, conejos y tortugas. Presencia de África en la cuentística de tradición oral en Puerto Rico*, libro que catalogué entonces de: “[...] obra erudita [...] que] presenta en forma clara y precisa los resultados de una responsable investigación [...]”. Ella misma confiesa: “¡Cuánto me hubiera gustado tener la oportunidad de investigar aquello con lo que hoy sé!” Sus observaciones, pues, tienen el valor de orientar a quienes deseen proseguir trabajando este importante aspecto de la cultura puertorriqueña.

Entre las advertencias metodológicas que la autora recalca con el fin de que se logre captar la esencia de la narración quiero destacar, a mi entender, las dos más relevantes:

- Tan importante como rescatar el relato del olvido resulta conocer el contexto del mismo. De aquí la utilidad de *quién* lo narra y *cómo* lo narra, pues la edad, la raza, la condición social, o la escolaridad, entre otros aspectos, nos permitirán apreciar mejor el significado que tiene la narración. La oralidad está estrechamente vinculada al pueblo sencillo, por consiguiente, a los sectores marginados y, como es de suponer, ellos muestran sus simpatías por el oprimido. Así sucede con uno de los narradores en el libro, que siendo blanco toma partido por los negros, pues lo une a éstos la marginación social. Contrario al refrán popular: “Se dice el milagro, no el santo”, Julia Cristina propone que ambos son fundamentales para lograr desentrañar los valores que transmiten.

- Antes de llegar a cualquier consideración, es muy importante comparar el relato rescatado con sus diferentes variantes. Esto no es sólo difícil, sino que puede llevar al desaliento. Se necesita, por consiguiente, conocer la narración en África, sus variables en Puerto Rico y en la América para poder analizar los cambios y semejanzas. Esto permitirá estudiar la idiosincrasia del pueblo al transformar o mantener incólume la tradición y las enseñanzas recibidas en el cuento.

Literatura para iniciados

La autora alerta al posible lector ingenuo para que sea consciente de las triquiñuelas del texto al que se enfrenta. Por eso analiza los relatos desde el punto de vista de la resistencia al poder. Destaca dos tipos de narraciones: la de animales y la de personas. No olvidemos que para la cultura africana existe un estrecho vínculo entre el ser humano y la naturaleza, según explica Lydia Cabrera, pues su concepción animista de la vida los lleva a reverenciar el entorno geográfico, de manera muy particular el monte, al que consideran un sagrado santuario natural donde habitan sus deidades más poderosas; por eso, antes de internarse en él le piden permiso con una oración. Además, el africano convive con los animales en la selva, de los cuales aprende sus tretas para sobrevivir. Muchas

etnias bantúes, por ejemplo, creen que cuando un jefe muere, su alma se materializa temporalmente en un animal poderoso para cuidar a la comunidad. No es para extrañarse, entonces, que existan colecciones y ciclos de relatos sobre ellos. En esta zoología narrativa, en Puerto Rico sobresalen el conejo, la tortuga y la araña. Estos tipos de relatos destacan la astucia del débil frente al fuerte; por ejemplo, la inteligencia del conejo frente a la fuerza del tigre. Explica la autora:

Es posible que cada vez que se oía el cuento, cada vez que se recordaban y repetían, mediante la narración, las tretas del conejo, los siervos se burlaban, desafiaban el poder. Colectivamente, se construían en balance quebrado por la ignominia de la esclavitud.

Las tretas del débil son el engaño y el disimulo. Así como el conejo engaña al tigre, los esclavos engañan a la autoridad. De hecho, el título del presente libro alude a la ancestral sabiduría africana, ya que en esta cultura la araña se considera el animal sabio. Según advierte Julia Cristina: “No hay un estudio que indique con exactitud en qué situaciones o circunstancias se acostumbraba relatar cuentos”.

Recordemos que el esclavo debió desarrollar múltiples ardidés para disimular o engañar, pues prácticamente su vida fue de constantes subterfugios. Sirva de ejemplo, la religión. Él transformó el santoral católico por los dioses de su panteón. Mientras el amo y los sacerdotes creían que le rezaba a Santa Bárbara -*Santa Bárbara Macho* para los viejos yorubas- recordaba al poderoso dios Shangó, quien -según un *pataki* conservado por los *babalawos*- para escapar de la prisión, astutamente engañó a los carceleros vistiéndose de mujer. Si alguien tuviese la menor de duda que se trata de este dios guerrero, ahí está la espada que empuña para demostrarlo. O sea, el esclavo veneró en público a los santos de la religión de los blancos, pero en privado adoraba en ellos a los dioses de su panteón. Los esclavos adoptaron este sincretismo para conservar sus creencias y así evitar que los *babalawos* se extinguieran. Esto ha permitido que hasta el día de hoy su fe perdure en toda la América, la cual todavía continúa siendo esotérica.

Pero eso resulta muy complejo descifrarlo, ya que cada etnia realizó su propia identificación sincrética y debió ocultarlo a los no iniciados. Recordemos que, además de las diferencias raciales entre los esclavos, también existían diferencias lingüísticas y religiosas. Sirva como ejemplo el caso de San Lázaro que para los yorubas es la deidad *Babalú-Ayé*, mientras que para los lucumíes, *Youko* o *Sánalo*; a su vez, para los bantúes, *Coallende* y, por último, para los gangás y mandingas, *Yerbé*...

Estas cualidades ladinas o de engaño caracterizan a los héroes que proponen los relatos africanos con lo cual se cuestiona la autora: “Podríamos preguntarnos si la condición de desigualdad llevó a la población negra a identificarse más con las narraciones en las que triunfa la astucia sobre la fuerza o el poder.” Añade, además: “Estos relatos corroboran el interés que parece tener nuestra narrativa oral negra en proponer héroes con valores propios de una cultura dominada.” Según advierte Agún Efundé, su bisabuelo le solía decir: “El blanco es inteligente, pero el esclavo acaba siempre por engañarlo”. Existe, pues, una estrecha coincidencia entre los cuentos “de engaño” (*trickster*) de los animales con los de los esclavos. Es el caso particular de los cuentos que le narrara doña Loida Figueroa y que la autora comenta, en los cuales mediante tretas, semejante a los relatos picarescos, el esclavo consigue lo que quiere.

Tomás Blanco en su conocido ensayo *El prejuicio racial en Puerto Rico* examinó este mal social en la Isla y Arcadio Díaz Quiñones rectificó muchas observaciones del ilustre escritor sobre dicho tema. En el presente libro, Julia Cristina se vale de tres relatos -*La palomita*, *Las tres naranjas* y *Las naranjas*- recogidos por Rafael Ramírez de Arellano para analizarlo, y en su estudio concluye que en el personaje de la negra converge una doble marginación por ser mujer y por ser esclava.

A modo de conclusión

La lectura de los cuentos negros de tradición oral no es un mero entretenimiento, sino una forma de descubrir el alma de aquellos negros esclavizados. Así se profundiza en sus sentimientos y valores con lo cual

podremos apreciar lo que de ellos tenemos en nuestra identidad colectiva. Resulta muy lamentable el que no se estime su trascendencia. Por ejemplo, en nuestro sistema educativo, podemos afirmar con la autora, las narraciones orales en general, y la africana en particular, son una especie de “residuo arqueológico”, una muestra de *cosas* de nuestros antepasados que se conserva en una “vitrina empolvada” a la que se acude para mostrar que estamos comprometidos con la cultura. No se concibe como un elemento valioso del pueblo y precisamente, a pesar de la desidia de la oficialidad cultural por ella, todavía la gente la mantiene viva. Lo demuestra el hecho de que la autora haya encontrado en nuestros días unos narradores y narradoras que le comunicaron unos relatos cuyos orígenes se remontan a varios siglos atrás. Sin duda, es algo extraordinario y que amerita la atención de todos.

Julia Cristina está desbrozando caminos para que andemos por ellos con menos escollos de los que ella debió vadear, también para que pensemos en la importancia de lo que nos propone en su libro. Es consciente de que no es trabajo para una sola persona, muchos más deberían involucrarse en esto. Podríamos asegurar que los trabajos de esta autora y este libro en particular, como dirían en el campo, representan el *pie* del mavi. Recordemos que ésta es la clave para que dicha bebida fermenta. Los estudios reunidos en esta obra, no me cabe la menor duda, serán un estímulo y guía para que ulteriores jóvenes, y menos jóvenes, investigadores se den a la tarea de rescatar y descifrar la oralidad africana en Puerto Rico.

Resumo lo expuesto con las palabras de la autora en el último párrafo del libro:

El escaso, pero recuperado de todas maneras, cuerpo de tradiciones orales que tenemos en la Isla tiene mucho que decir sobre Puerto Rico, su historia y la idiosincrasia de sus pobladores. Sólo hay que ponerlo a hablar. Cuando hable nos revelará, entre chistes o ritmos, la presencia importante de voces, actitudes y situaciones que nos sorprenderán con su sabiduría y diversidad.

Concluyo con un refrán de los negros viejos recogido por Lydia Cabrera: *Nyvao manga tereré*, que significa: “Lo que se firma no se borra”.

El Dr. Roberto Fernández Villedor es catedrático jubilado del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Mayagüez (f_valledor@yahoo.com).

Recibido: 15.X.2006

Aprobado: 29.I.2007